

ENTRE GENEROSIDADES Y GRATITUDES



Manuel Alvar Ezquerra



DISCURSOS DE INGRESO

Academia Canaria de la Lengua

ISLAS CANARIAS

2022

© Academia Canaria de la Lengua

© Manuel Alvar Ezquerra

© de la nota a esta edición:

Humberto Hernández Hernández

Edición al cuidado de:

Sarai de Regla Cruz Ventura

Carmen Díaz Alayón

Diseño de colección:

Bernardo Chevilly

Composición e impresión:

El Productor, S. L. *Técnicas Gráficas*

Dep. Legal: TF 4-2023

ISBN: 978-84-96059-72-6

PARVO TESTIMONIO DE NUESTRA GRATITUD

Humberto Hernández

En medio de la tristeza que aún sentimos por la pérdida de Manolo Alvar Ezquerra, tener conocimiento de la existencia del discurso que tenía previsto leer en el acto de recepción de su nombramiento como miembro honorario de esta Academia Canaria de la Lengua ha supuesto una pequeña dosis de alegría que atenúa en cierto modo el sentimiento de su ausencia: de repente, se nos brindó la oportunidad, sin esperarlo, de recibir sus últimas palabras de cariño, humildad y sabiduría con que, con tanta frecuencia, ponderaba la labor de esta Institución.

Manolo, amigo y maestro, dos condiciones que él hizo posible que no fueran excluyentes, siempre nos animó con su estímulo constante en lo académico y en lo personal, transmitiéndonos su concepción del trabajo filológico como una actividad útil y amena, siempre recibiendo con entusiasmo los avances de las modernas corrientes de la Lingüística, sin dogmatismos y deshaciendo viejos y aburridos prejuicios que muchas veces se asociaron con nuestra actividad.

Y toda esta positiva actitud la proyectó en nuestra realidad insular, también en lo académico y en lo personal, como había hecho su padre, de quien heredó esa indisoluble querencia por estas sus Islas —así, con mayúsculas («Mis Islas») — por cuya modalidad lingüística se interesó, y cuyo empeño se manifestó en su permanente disposición por colaborar con la Academia Canaria de la Lengua. Por eso, no necesitaba Manolo ningún reconocimiento más que lo acercara a esta Institución, pero quisimos

tributarle nuestro particular homenaje (tras el que se le concedió en la Universidad Complutense de Madrid) proponiéndolo, el 22 de marzo de 2019, como académico honorario, candidatura que, tras su aceptación, fue aprobada por unanimidad el 25 de octubre de ese mismo año. «Los honores ni se piden ni se rechazan», nos recuerda agradecido en esta su excelente lección; aunque no tuvimos la oportunidad de decírselo de viva voz y con un fuerte abrazo, como teníamos previsto hacer en la ceremonia de recepción, su ingreso, más que a él, nos honraba a nosotros: no olvidemos que Manolo Alvar, además de la excelente relación con todos y cada uno de los miembros de esta Academia, era poseedor de uno de los mejores currículos de la Filología actual y, sin lugar a dudas, el más alto exponente de la Lexicografía española contemporánea. Pero Manolo nos dejó, algo huérfanos, el 3 de abril de 2020.

Gracias a la mediación de su querida Aurora, pudimos rescatar este discurso, *Entre generosidades y gratitudes*, que, con tanta ilusión, pensaba leer en un acto que hubiera tenido una gran relevancia por su especial significado al mantener y dar continuidad a la estrecha relación de esta Academia Canaria de la Lengua con el apellido Alvar. Discurso este que, a pesar de su probable provisionalidad, no deja de ser una excelente lección de Lexicografía que destila una enorme sabiduría y su reconocida humildad, pero, sobre todo, el cariño sincero del amigo y maestro a quien no tuvimos la oportunidad de expresar públicamente nuestra gratitud por tanta generosidad.

ENTRE GENEROSIDADES Y GRATITUDES

Manuel Alvar Ezquerro

Señor presidente de la Academia Canaria de la Lengua, señoras y señores académicos, amigos todos:

Me encuentro en este instante en una situación de gran perplejidad, confuso ante lo que debo hacer y decir. Imagino que cualquiera que se haya encontrado en un trance semejante a este habrá experimentado las sensaciones que yo siento ahora, lo cual no me alivia, ni aleja los temores que también me rodean.

En la antigua Roma, cuando se iniciaba la celebración de algún acontecimiento,

especialmente los familiares, antes que otra cosa, se hacía una invocación a los dioses protectores del lugar para solicitar su ayuda y amparo para que todo se desarrollara bien. Sospecho que, olvidada la costumbre, ya es tarde para hacerlo, y no entra en mis deseos que descarguen sobre mí su enfado, por lo que, de todos modos, pido y espero su benevolencia y que me den la protección que tanto necesito en el desarrollo de este acto.

Dejando atrás la Antigüedad clásica, en época más cercana a nosotros, los discursos universitarios en situaciones solemnes, como lo es esta que nos reúne aquí, se hacían en latín. Esa costumbre desapareció hace bastante tiempo, y no tengo la más leve intención de revitalizarla, ni los conocimientos necesarios para retomarla, pese a que el preludio del discurso se mantuvo en latín durante algún tiempo, reminiscencia de aquellas exposiciones. Estén, pues, tranquilos en este aspecto.

Cuando el presidente de esta Academia, y algún académico más, me insinuó la posibilidad de hacerme miembro honorario de ella, me sentí halagado y abrumado, pues nunca imaginé serlo. Dejé correr el tiempo para que los sentimientos de amistad no prevalecieran sobre la objetividad con la que deben ser tratados los asuntos nobles. Los meses pasaban, y el bordón se repetía. Me preocupaba, y me preocupa más ahora, cumplir con unas obligaciones que no tengo muy claras todavía. En octubre del año pasado un escueto correo del presidente me daba cuenta de que el asunto había sido llevado al pleno y aprobado, y en diciembre me hizo llegar una carta pidiéndome la aceptación por escrito del nombramiento. La situación no tenía vuelta atrás, pues hace muchos años aprendí que los honores ni se piden ni se rechazan, principio que se olvida con demasiada frecuencia. Quienes me conocéis bien sabéis que no digo esto por hipocresía o falsa humildad. No se debe

desairar a quien te honre, máxime cuando el honor sobrepasa al individuo y alcanza a los seres más cercanos a él. Y no sé si algo de esto ha influido en los miembros de la Academia. No puedo dejar de recordar a mi padre, quien hoy está presente aquí por otros motivos que recordaré después, pero también por haber sido académico honorario de esta Academia. Espero no defraudarlo como tampoco a quienes habéis tenido la voluntad de traerme hasta aquí. Agradezco sinceramente tanta generosidad, y no me atrevo a pensar que habéis errado en vuestras apreciaciones, pues sería juzgar y censurar indebidamente una decisión colectiva, aunque el peso que me cae encima lo siento, me oprime sin dejar salir libremente la expresión de la gratitud que siento, y las palabras se reducen a una sola, que no por conocida y empleada deja de traslucir todo lo que encierra, aunque guarda dentro del corazón el estado de mis sentimientos: gracias.

Un nombramiento como este es, para mí, un honor, máxime porque es un título honorífico, esto es, 'que da honor' como define la palabra el *Diccionario de la lengua española*, y el *honor* es la 'gloria o buena reputación que sigue a la virtud, al mérito o a las acciones heroicas, la cual trasciende a las familias, personas y acciones mismas de quien se la granjea', y se añade al *genio* de cada uno, al *genius* de la Antigüedad clásica, que era, es, la deidad menor particular de cada persona con la que se nace y se muere, y que puede ser tutelar o enemiga. La voz se relaciona con el verbo *gignere* 'engendrar, dar a luz'. De la divinidad que acompañaba a cada uno se pasó a nombrar a la persona, y de ahí a la índole o condición de cada cual, que se reconocía con el honor, como es mi caso en este instante. Por ello mi interés particular en invocar a los dioscecillos del lugar.

No se puede separar ese *genio*, el *genius*, de otra voz, el *genus* 'linaje familiar, estirpe', pero

también ‘pueblo, nación, raza’, con la que se relaciona *ingenuo*, el ‘candoroso, sin doblez’. Procede de la voz de la latina *ingenuus*, que significa ‘nativo, natural, ingénito’, ‘libre de nacimiento, de buena familia’, ‘honrado, noble’, compuesta de la preposición *in-* ‘en’ y del sustantivo *genus*, de modo que *ingenuus* vendría a ser el nacido en una familia de las treinta que configuraron inicialmente Roma, perteneciente a una de esas estirpes, el nacido puro. Pasado el tiempo, la voz también se aplicó a todos los nacidos libres, a los ciudadanos romanos. Al pertenecer a una de aquellas familias conocidas, los ingenuos eran probos y honrados, por lo que fue *ingenua* cualquier persona de carácter noble, la que no tenía nada que ocultar, y, finalmente, vino a nombrar al candoroso. También se aplicó al indígena, voz con la que comparte su origen, pues a estos se les supone nobles de espíritu.

El término *ingenuo* no ha sido de los recogidos habitualmente en nuestros diccio-

narios a lo largo de los siglos ni su presencia ha sido intensa en la historia de la lengua, aunque ya aparecía en uno de nuestros más antiguos repertorios, el de Alonso Fernández de Palencia (1490), condicionado por la forma latina de la fuente que traducía y así leemos «*ingenuus, a, um* [...], dícense ingenuos los que tienen libertad procedente del linaje y no por hecho, de donde viene *ingenuitas, tis*, que es libertad y virtud que procede del linaje. Y los griegos dedican *eugenes* a los hombres de buen linaje, que son virtuosos y por generación son estimados siempre libres». Es decir, el *ingenuo* ha sido el libre, de noble estirpe, y honrado. Y es así como se unen la nobleza por cuna y la nobleza por el espíritu, que es el mérito reconocido por los demás, por eso el honor es del individuo y también de su familia, si se hace merecedor del reconocimiento de los demás.

De la misma familia es la voz *indígena* a que he hecho referencia antes. Es el 'origi-

nario del país de que se trata', según el *DLE*, la misma voz que la latina *indigēna*, que significaba lo mismo. Se había formado en esa lengua uniendo el adverbio *inde*, cuyo significado era el de 'de allí, de allá', con el sustantivo que ya conocemos *genus*, el del 'linaje familiar' o 'pueblo, nación, raza', de lo que se infiere que un indígena era el miembro de un pueblo de un lugar determinado. Por su relación con las otras voces de la familia, a los indígenas se los ha supuesto ingenuos, nobles de espíritu y honrados. La voz es antigua en la lengua, aunque su presencia en los diccionarios ha sido muy esporádica hasta época reciente.

Por último, con toda esta familia se vincula el *ingeniero*, que en una acepción ya desusada resulta ser la 'persona que discurre con ingenio las trazas y modos de conseguir o ejecutar algo', además de la 'persona con titulación universitaria superior que la capacita para ejercer la ingeniería en alguna de sus ramas'. Por su lado, la *ingeniería* es el

‘conjunto de conocimientos orientados a la invención y utilización de técnicas para el aprovechamiento de los recursos naturales o para la actividad industrial’. *Ingeniero* se deriva de *ingenio* con el sentido de ‘máquina o artificio mecánico’, que, a su vez, procedía del latín *ingenium*, que, entre otros, tenía el valor de ‘fantasía, invención, inspiración’. Esto es, la labor del ingeniero es la de la invención, para la que precisa de algo de inspiración y de fantasía, y el ingenio son las cualidades innatas de la persona. El latín *ingenium* es la unión de la preposición *in-*, de valores muy variados, y la palabra, otra vez, *genium*, el *genio*, la divinidad particular de cada persona. En definitiva, y jugando con las palabras, el *ingeniero* es el que tiene una mente abierta, libre, gracias a lo que puede hacer sus invenciones, sin engaño, por más que su forma pueda llevarnos a conclusiones erróneas. Hace más de quinientos años, Nebrija puso el término en sus diccionarios bajo la forma antigua

de *ingeniero*, como equivalente de *machinator* ‘el que hace máquinas’. Era, nuevamente, honrado en su trabajo y se dedicaba a tareas nobles. Me quedo, en este punto, con la explicación de Sebastián de Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana o española*¹:

INGENIO, *Latine ingenium* [...] Vulgarmente llamamos *ingenio* una fuerza natural de entendimiento investigadora de lo que por razon y discurso se puede alcanzar en todo genero de ciencias, disciplinas, artes liberales y mecanicas, sutilezas, invenciones y engaños. Y assi llamamos *ingeniero* al que fabrica maquinas para defenderse del enemigo y ofenderle. *Ingenioso*, el que tiene sutil y delgado ingenio. Las mismas maquinas inventadas con primor llamamos *ingenios*, como el ingenio del agua que sube desde el rio Tajo hasta el alcazar en Toledo, que fue invencion de lanelo [...].

A nada que hemos entrado en el deslumbrante mundo de las palabras y lo que todas ellas nos ofrecen veladamente, nos abren un

1 Luis Sánchez, Madrid, 1611.

mundo apenas sospechado, y nos explican esta situación en que me encuentro, además de señalar cómo es posible salir de ella, aparte de decirnos quiénes somos, a quiénes nos debemos, qué se espera de mí en esta circunstancia, y por qué me habéis pedido que viniera. Sí, los diccionarios han sido una buena razón de mi vida académica, y me han proporcionado no poca ayuda por toda la sabiduría que guardan entre sus páginas.

Este nombramiento es también para mí un profundo motivo de gozo, en la acepción de 'alegría de ánimo' que recoge el *DLE*, y con ella he llegado hasta aquí. Si, por un lado, la propuesta de este nombramiento me llenó de zozobra e inquietud, no es menos cierto que la alegría fue grande y perdurable, no solo por el reconocimiento que supone el honor que se me hace, sino también por la satisfacción de estar unido a estas islas por el afecto que les tengo, igual que a sus gentes, entre las que me profesan sincera amistad muchos, si no todos, los aquí presentes.

Es el ‘sentimiento de complacencia en la posesión, recuerdo o esperanza de bienes o cosas apetecibles’ si nos quedamos con la primera acepción académica de la voz gozo. Y hablo del gozo porque es un sentimiento interno, personal, que se lleva dentro, en el ánimo, por el placer o satisfacción que nos proporciona, difícilmente explicable, y por los recuerdos que aviva en el interior de la memoria donde se guardan. Bien es cierto que la manifestación externa de ese placer es la alegría, bien perceptible por los signos externos, y que en mi caso no puedo ocultar, pues nacen muy dentro y son sinceros. En este caso se trata de la alegría, palabra que el *DLE* define como ‘sentimiento grato y vivo que suele manifestarse con signos exteriores’, y, por supuesto, no es la ‘irresponsabilidad, ligereza’, la alegría con que se hacen muchas cosas. De ahí mis temores a los que he aludido antes por no cumplir con lo que debo y deseo hacer.

El primer diccionario de la Real Academia Española conocido como *Diccionario de autoridades*² se había referido a esta distinción al comenzar el artículo *alegría*:

ALEGRÍA s. f. Júbilo y contento interior del ánimo, acompañado con señas exteriores, especialmente en el semblante, que manifiestan el regocijo del que la tiene; en que se diferencia del gozo, que se puede tener interiormente sin que en lo exterior se publique y manifieste [...].

Ahí se recogía lo que antes había escrito Sebastián de Covarrubias en el *Tesoro de la lengua española o castellana*, a que me he referido antes:

ALEGRIA, una de las passiones del alma. Lat. *laetitia*, *gaudium*, *hilaritas*, *exultatio*. Dixose alegría, quasi alacria del nombre *alacritas*: dizese por otro nombre regozijo, de *re* & *gaudium* el gozo, puedese tener interior-

2 *Diccionario de la lengua castellana* [...]. I. Francisco del Hierro, Madrid, 1729; III, Viuda de Francisco del Hierro, 1732; IV. Herederos de Francisco del Hierro, 1734; V. Herederos de Francisco del Hierro, 1737; y VI, Herederos de Francisco de el Hierro, 1739.

mente, sin que resulte fuera, pero el alegría siempre se muestra con señales exteriores de contento [...].

Bien es verdad que nuestra lengua posee unas cuantas voces más para designar el contento interior y sus manifestaciones externas, heredadas del latín, y que no hacen sino dar cuenta de las diferencias de ánimo con diversos matices. Para comprobar esta riqueza basta con consultar el diccionario latino-español³ del maestro Antonio de Nebrija, en el que podemos leer:

Alacritas, atis, por aquella alegría [referida a la ligera y alegre]

Exultantia, ae, por aquella alegría [referida a alegrarse saltando].

Gratulatio, onis, por aquella alegría [referida a alegrarse a otro de su bien].

Hilaritas, atis, por el alegría.

Hilaritudo, inis, por aquello mismo [la hilaritas].

Lucunditas, atis, por aquella alegría [referida a la cosa alegre a otro].

3 *Lexicon ex sermone latino in hispaniensem*. [Juan de Porras], Salamanca, 1492.

Laetabilis, e, por cosa de alegría.

Laetamen, inis, por alegría, *poeticum*.

Laetitia, ae, por aquello mesmo [referida a *laetamen*].

Laetitudo, inis, por aquello mesmo [referida a *laetitia*].

Son prácticamente los mismos términos latinos que podemos encontrar en el otro diccionario del humanista sevillano, el español latino⁴, para traducir *alegría*. Sin embargo, son menos los que se emplean enfrentados con gozo, tal vez por el carácter más íntimo de este sentimiento. Así, en el primero de esos repertorios, encuentro solamente dos entradas, ambas relacionadas con la forma etimológica de nuestra lengua:

Gaudium, ij. por el gozo onesto.

Gaudimonium, ij. por lo mesmo, *rarum*.

Curiosamente, no hay un paralelismo con lo que veo en el español-latino, en el que se utilizan más equivalentes en la lengua

4 *Dictionarium ex hispaniensi in latinum sermonem*. [Juan de Porras], Salamanca, 1495.

clásica:

Gozo, onesto deleite, *gaudium*, *gaudimonium*.

Gozo como quiera, *hilaritas*, *laetitia*.

En el *Diccionario de autoridades* al hablar de gozo no se contrapone a *alegría*, como sí se hacía en este artículo:

GOZO s. m. Gusto, complacencia, aquiescencia y quietud del bien poseído. Viene del latino *Gaudium* [...].

Como vemos, no son pocos los sentimientos que en este momento se agolpan en mi interior, y las palabras con que puedo acercarme a ellos se mueven sin cesar por mi cabeza.

Y aquí me tienen, a las puertas de ser recibido en esta Academia, cuyos miembros confían en mí. El paso de un lado a otro de esta puerta está cargado de un valor simbólico particular, por lo que significa la puerta, y su historia, no solamente porque la expresión *estar a la(s) puerta(s) de* significa ‘estar muy próximo a suceder [algo]’, sino

por el origen de la voz, que me gusta recordar por la nobleza de su contenido. El término, como tantísimos otros de nuestra lengua, procede del latín, de *porta*, y ha conservado los sentidos que tenía entonces, además de haber desarrollado en nuestra lengua alguno más, y varios derivados. Si vamos más atrás llegaremos, nada menos, que a la fundación de Roma. Con la intención de marcar el contorno de la ciudad, en el año 754 a. C., Rómulo hizo una reja de bronce que brillaba como el oro y la puso al arado que unció a un toro y una becerro. Trazó un surco que señalaría los límites de Roma, sobre el cual habrían de elevarse los muros de la ciudad, que eran considerados sagrados y no se podían traspasar. Para ello había que dejar unos espacios, sin el carácter de sagrados, que pudieran ser pisados para acceder a la urbe, aunque no todas las personas poseían el derecho a hacerlo, como, por ejemplo, los miembros del ejército, salvo que, por un elevado motivo, se les concediese un

permiso especial para hacerlo. En los lugares en que no habrían de elevarse los muros, se levantaba el arado para que no hubiese surco. Esa acción de alzar el arado hasta el lugar donde habría de continuar el muro, esto es, de llevarlo suspendido un pequeño tramo, era *portare*, y el espacio así delimitado se llamó *porta*, la puerta. Tal vez el relato no sea más que mítico, pero tiene algo de cierto en la consideración de sagrado el recinto de la ciudad, y es bueno conocerlo.

Uno de los derivados de *puerta* es *portada*, cuyos valores no nos son desconocidos, y que deseo traer aquí por uno de ellos, el de la ‘primera plana de los libros impresos, en que figuran el título del libro, el nombre del autor y el lugar y año de la impresión’, según la definición del *DLE*. Pero lo que no siempre se sabe es que, en sus inicios, los libros impresos no llevaban portada porque los datos editoriales se ponían al final del texto, en el colofón, aunque con frecuencia no aparecían todos los que hoy

consideramos esenciales: autor, título de la obra, impresor, lugar de impresión y fecha, por lo que hay que averiguarlos por otros medios, bien conocidos por la bibliología y la bibliografía. De este modo, la primera página de los libros era el comienzo del texto de la obra (o la dedicatoria u otros prolegómenos). Los talleres de imprenta, en el siglo xv eran, como no resulta difícil de imaginar, sucios, estaban llenos de polvo, tinta y grasa, y los libros que había en él, con más frecuencia de la deseable, se manchaban. Para protegerlos, comenzó a dejarse en blanco la primera página, de modo que la suciedad no afectara al texto. La protección tenía, sin embargo, un inconveniente: la dificultad para identificar rápidamente de qué obra se trataba, lo cual obligaba a abrirla con unas manos no siempre limpias, que podían manchar aquello que se deseaba preservar. Por ello, no transcurrió mucho tiempo antes de que se pusiese el título o cualquier elemento identificador

en esa primera hoja. Más tarde, se añadieron otros datos, y a comienzos del siglo XVI ya se ven todos los que constituyen una portada. También aparecieron algunos elementos decorativos, como las letras capitales adornadas o la marca o emblema del impresor. Para encerrar ese conjunto, no tardó en ponerse alrededor una orla, renacentista, que con el transcurso de los años se transformó en una decoración más compleja, hasta llegar a ser unas formas arquitectónicas en que se encerraba el texto, y que recordaban las portadas de los edificios. Estos cambios no fueron casuales, pues, aparte de buscar una composición estética, armónica, poseían un alto elevado valor simbólico por lo que se mostraba, por lo simétrico y equilibrado de su contenido: era la puerta que daba paso al conocimiento, al edificio donde se guardaban los saberes, o el entretenimiento y deleite que se buscaba, en definitiva, al libro que encerraba un gran tesoro, al templo de la sabiduría. El

transcurso del tiempo ha hecho que esa primera página haya cambiado, y mucho, pero el nombre continúa siendo el mismo, la *portada*.

Aquí me tenéis, a la espera de pasar al interior de este edificio, de este monumento del saber, al recinto sagrado de esta Academia, pues una de las acepciones de *sagrado* es la de 'digno de veneración y respeto'.

En más de una ocasión me he preguntado qué es una academia. Mi pregunta está motivada por mi natural inclinación por conocer qué son las cosas, cuál es su origen, sus diferencias y sus clases. Recuerdo que allá a finales de 1975 mi padre había leído su discurso de ingreso en la Real Academia Española, y, como es habitual, la prensa se hizo eco del hecho, las entrevistas se sucedían y el trasiego de periodistas por nuestra casa era constante. Un día, Santiago, el portero, que conocía sus horarios, estaba esperando a que llega-

ra de sus clases, y al entrar en el portal le echó el brazo por encima de los hombros —gesto que le incomodaba, viniera de quien viniera—, y sin más le espetó: —«Don Manuel, ¿no estaba usted en la universidad?, ¿a qué viene este jaleo porque haya entrado en una academia?» —«Ya ve Vd. cómo es esta gente», contestó.

Todos nosotros sabemos diferenciar entre una y otra academia, aunque el común de las personas, como en el caso de la anécdota, no entiende que una misma palabra pueda llegar a significar, a designar, realidades tan dispares, ni siquiera en qué consiste una cosa y otra, lo que el *DLE* deja bien claro: en la primera acepción dice que es la ‘sociedad científica, literaria o artística establecida con autoridad pública’, a la cual siguen otras relacionadas con ella, mientras que la quinta es el ‘establecimiento docente, público o privado, de carácter profesional, artístico, técnico, o simplemente práctico’. Bien es cierto que con este último valor es

con el que más se utiliza, el más frecuente en las conversaciones cotidianas, pero es que el diccionario por antonomasia no registra las acepciones por su frecuencia de uso, sino, generalmente, por el proceso histórico que ha llevado a que la voz desarrollara esos usos, que se han ido afirmando en la lengua por la frecuencia de empleo en el habla.

Así, pues, la primera de las acepciones, la de la sociedad científica o literaria, es la más antigua. En este sentido, la primera academia que se fundó en España fue precisamente la Real Academia Española, en 1713, con el modelo de la Académie Française, creada en 1635 por el cardenal Richelieu (1585-1642) con el objetivo de fijar el uso de la lengua francesa mediante la elaboración de un diccionario. Con esa misma intención se fundó la nuestra por iniciativa de Juan Manuel Fernández Pacheco y Zúñiga (1650-1725), marqués de Villena. Sin embargo, para la realización del diccionario no siguió el modelo del repertorio francés, sino que siguió

el de la Accademia della Crusca, fundada en 1583 en Florencia, aunque venía funcionando desde unos años antes, debida a la iniciativa de unos pocos literatos florentinos (Giovanni Battista Deti -1539-1607-, Anton Francesco Grazzini -1503-1584-, Bernardo Canigiani -1524-1604-, Bernardo Zanchini -¿?-1584-, y Bastiano de Rossi -¿15...?-¿16...?-) a los que pronto se unió Lionardo Salviati (1539-1589), a quien se debe el programa de codificación de la lengua, y cuyo diccionario resultaba más permisivo y acorde con el uso, no solamente el literario que era el modelo, sino también el cotidiano.

La pregunta que me hago es ¿de dónde viene esta voz?, ¿cómo se llega a nombrar con ella a las academias? La palabra para nombrarlas procede del latín *academia*, que parte del griego Ἀκαδημία, la ‘casa con jardín, cerca de Atenas, junto al gimnasio del héroe Academo, donde enseñaron Platón y otros filósofos’ (acepción octava del *DLE*), de la que tomó el nombre la ‘escuela filosó-

fica fundada por Platón' (acepción séptima), en la que se ha suprimido información de interés para lo que estamos viendo ahora, aunque no forma parte del significado de la voz, y que aparecía en la edición precedente del repertorio: «cuyas doctrinas se modificaron en el transcurso del tiempo, dando origen a las denominaciones de antigua, segunda y nueva academia. Otras distinguen cinco en la historia de esta escuela». Academo forma parte del mito de Helena, ya que cuando esta fue raptada por Teseo, según recoge la leyenda, apenas a los diez años de edad, sus hermanos, los Dióscuros, Cástor y Pólux, recorrieron el Ática buscándola, pero Teseo se había marchado con ella. Poseídos de furia, decidieron atacar Atenas, momento en el que se presentó Academo para informarles de que se encontraban en Afidnas, cerca de Atenas. En señal de gratitud, Cástor y Pólux le regalaron un terreno plantado de olivos sagrados en las afueras de la ciudad.

El olivo era el árbol consagrado a Atenea (la Minerva de los romanos), diosa de la sabiduría y de la guerra, y ese olivar era sagrado. Platón (427-347 a.C.) debió adquirir hacia el año 384 a.C. el lugar, en el que había, además de los olivos, unos jardines y un gimnasio, la Academia, así nombrada por Academo, donde se reunían los intelectuales de la ciudad. En recuerdo de ello, se llamaron *academias* durante la Edad Media las facultades mayores, aquellas donde se enseñaba Teología, Derecho y Medicina. La denominación ha perdurado hasta nuestros días, aunque en ámbitos muy restringidos y especializados, y también en latín en los himnos académicos. Por otro lado, en el Renacimiento se fundaron en Florencia la Academia platónica y la Academia della Crusca, a la que me he referido, recordando la primitiva griega, que se tomó como modelo de las sociedades culturales, científicas, literarias y artísticas que fueron apareciendo en Italia y después

por toda Europa. Alguna información más aportó Sebastián de Covarrubias en su *Tesoro* (1611) al hablar de la voz, aunque en esta ocasión no se extendió mucho en sus habituales largas explicaciones, pese a figurar al principio de la obra, donde más se exployaba en sus comentarios:

ACADEMIA, fue un lugar de recreacion y una floresta que distava de Athenas mil passos, dicha assi de Academo Heroa; y por aver nacido en este lugar Platon, y enseñado en el con gran concurrencia de oyentes, sus dicipulos se llamaron Academicos, y oy dia la escuela o casa donde se juntan algunos buenos ingenios a conferir toma este nombre y le da a los concurrentes. Pero cerca de los Latinos significa la escuela vniversal, que llamamos, Vniversidad.

Esas otras escuelas a las que se refiere el canónigo de Cuenca son las que también recibieron el nombre de *academias*, aunque no formaban parte de la universidad, y que responden a la quinta acepción del *DLE*, el ‘establecimiento docente, público o

privado, de carácter profesional, artístico, técnico, o simplemente práctico', aunque hoy, en su inmensa mayoría, si no todas, son privadas. Las que hay hoy tampoco están integradas en la estructura universitaria, y se hallan en los escalones inferiores a los de la universidad, por más que algunas de ellas pretendan ser un complemento de las enseñanzas impartidas en esta, por lo que su consideración es inferior a la de la universidad. De ahí la extrañeza del portero de mi anterior anécdota.

En paralelo con lo dicho se halla el *ateneo*, que es la 'asociación cultural, generalmente de tipo científico y literario', así como el 'local donde se reúne', que, en su origen, no se diferencia en nada de la academia, salvo que no parece tener la autoridad pública que se le reconoce a esta, y, tal vez, habría que añadir el número más o menos restringido de las academias, y el proceso más estricto que tienen estas para la selección de sus miembros, mientras que en los ateneos es

más abierto. En su nombre y actividades originales, hay también un cierto paralelismo entre las dos instituciones, pues *ateneo* tiene su origen en el latino *athenaeum*, que a su vez viene del griego Ἀθηναιον, el nombre del templo de Atenea en Atenas, en el que se reunían filósofos, poetas, oradores, artistas, etc., para dar a conocer sus pensamientos y escritos. Durante el siglo XIX proliferaron este tipo de asociaciones culturales con el fin de divulgar los conocimientos, no solamente entre los más instruidos en las ciudades, sino también entre aquellas personas que tenían una menor instrucción, o no la tenían, hasta darse el caso de que en una misma población, incluso rural, podía haber un ateneo literario, o con cualquier otro nombre, al que acudía la burguesía, y un ateneo obrero, o nombre similar, pero con el denominador de *ateneo*, en recuerdo del original ateniense.

Un establecimiento más dedicado a la enseñanza es el *liceo*, voz que en España

parece haber quedado relegado a los centros públicos franceses de enseñanza media. En el *DLE*, la segunda acepción es la que dice ‘En algunos países, instituto (centro estatal de enseñanza secundaria)’, relacionada con el sentido a que me refiero. También parece haber decaído en su empleo la de ‘Institución cultural o recreativa’, que solamente se usa cuando nos referimos a los que se denominan así. La tercera, que la Asociación de Academias de la Lengua pone sin restricción de uso alguno, es la de ‘Escuela de Aristóteles’, que no sé si muchos hablantes la conocen o han empleado en alguna ocasión. Es cierto que ese repertorio pone otras similares para *academia* (en este caso, marcadas como de empleo en la Filosofía), pero en ninguno de los dos casos sabemos si es nombre propio o no. La voz procede del Λύκειον griego, un gimnasio de Atenas dedicado a Apolo Licio, donde Aristóteles, tras pasar como alumno de Platón en la Academia y regresar de su

periodo de tutor de Alejandro Magno, fundó en el año 335 a. C. su propia escuela, en la que aplicó el método peripatético al impartir sus clases paseando por la zona porticada de la palestra, el περιπατος o ‘paseo alrededor’. Con el tiempo, la palestra o el gimnasio del que dependían se transformaron en lugares donde se transmitía el conocimiento y la cultura en general. Por ello, *liceo* tiene los sentidos que he dicho, y también *gimnasio* (en griego γυμνάσιον), aunque su valor como ‘Lugar destinado a la enseñanza pública’ es desusado en español, de acuerdo con el *DLE*, aunque es voz corriente en otras lenguas en ese sentido.

Como vemos, ninguna de las instituciones nombradas por esta familia de palabras, todas ellas de origen griego, llegó a alcanzar el prestigio de la *academia*. Cualquier vía que tomemos, partamos de la voz que partamos, nos lleva al mismo lugar, sea el edificio, sea el templo, sea la instalación al aire libre, donde se conserva la sabiduría, el conocimiento.

El nombramiento que habéis tenido la generosidad de concederme me emociona especialmente porque se produce cuando la Academia Canaria de la Lengua cumple los veinte años de vida, manifestando que vuestra generosidad, como el océano que nos rodea, no tiene límites. Al principio de esta intervención decía que el honor no solamente es para el que lo recibe, sino para su linaje, por lo que el recuerdo de mi padre —a quien muchos de vosotros, si no todos, conocisteis— está presente, no solamente por ese motivo, pues, como contaba el año pasado en mi intervención con motivo de los actos del vigésimo aniversario de esta Academia, estuvo vigilante en los primeros pasos que condujeron a su fundación, gracias a la confianza que depositó en él Ramón Trujillo, con continuas consultas, pues ninguno de los dos deseaba que llegara a ser un instrumento utilizado con fines partidistas. Aquellos empeños y desvelos han dado el generoso fruto que hoy

conocemos. Él fue nombrado académico de honor, título del que se sentía orgulloso. Hoy me lo concedéis a mí, que lo recibo con doble orgullo y satisfacción.

Mi afecto por estas Islas, y por su hablar, se pierde en lo más profundo de mis recuerdos entre los que está aquel mapa de España de la clase de mi escuela maternal. Me fascinaba porque en él había muchos nombres que me resultaban familiares. Zaragoza, Madrid, Málaga, Sierra Nevada, por supuesto, Granada y tantos otros, que iban conformando mi geografía particular. Lo veo también en el aula de las preparatorias del Instituto Padre Suárez de Granada, con los nombres de las capitales de provincia y principales montañas rotuladas con claridad, y con las Islas Canarias, todavía en el Mediterráneo, como en el otro mapa. Me fijaba en ellas, pues, desde pequeño, se las oía nombrar con frecuencia a mi padre. Su primer viaje a las Islas se produjo en 1954: el mes de marzo

lo pasó en la Universidad de La Laguna, y casi un mes más en Gran Canaria. Uno de los alumnos que siguió sus enseñanzas de doctorado en Tenerife se llamaba, se llama, Ramón Trujillo. Fue aquella la ocasión que necesitaba para realizar unas encuestas preparatorias del *ALEICan*⁵, todavía con el cuestionario del *ALEA*⁶. Las referencias a las Islas en las conversaciones familiares se hacían cada vez más frecuentes y también los viajes: en 1963 fue nombrado director de los Cursos de Lengua y Cultura Española de la Universidad Internacional de Canarias, donde continuó durante un cuarto de siglo, por lo que venía a las Islas con la frecuencia que le permitía su actividad docente. Así pudo llevar a cabo las encuestas del *ALEICan*, y, a la vez, iba publicando trabajos sobre esta variedad de nuestra lengua, desde *El español*

5 *Atlas lingüístico-etnográfico de las Islas Canarias*, 3 t., Ediciones del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria-La Muralla, Madrid, 1975-1978.

6 *Cuestionario del Atlas Lingüístico de Andalucía*, [Universidad de Granada], Granada, 1972.

*hablado en Tenerife*⁷, su primer trabajo sobre el canario, de una importancia trascendental, como se dejó de manifiesto en 1989, cuando el Instituto de Estudios Canarios organizó las «Jornadas de dialectología: 40 años de la publicación de *El español hablado en Tenerife*», hasta los *Niveles socio-culturales en el habla de Las Palmas de Gran Canaria*⁸, el primer estudio sociolingüístico de nuestra lengua, que marcó la dirección para el desarrollo de la Sociolingüística del español, que, así, y en Canarias, transcendía a la Dialectología. Y, como colofón de su entrega, *El dialecto canario de Luisiana*⁹, descubrimiento que le supuso una gran sorpresa, con alegría y, a la vez, pesar, pues era consciente de que se trataba de los últimos vahídos de aquella variedad

7 CSIC, Anejo LXIX de la *RFE*, Madrid, 1959. Premio «Antonio de Nebrija» de Investigación (CSIC) en 1955.

8 Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria, 1972.

9 Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria, 1998.

que ya no hablan las generaciones más jóvenes. Una tristemente desoladora constatación para quien estuvo dedicado durante más de media vida a las hablas canarias.

Fue así como, poco a poco, me iban penetrando sus sentimientos por las Islas. Y cuando llegó el momento de acometer el *Corpus toponymicum canariense*, con el cual cerraría la recogida de materiales para el conocimiento del español hablado en las Islas, contó conmigo, y con otros entusiastas alumnos que cursábamos la recién inaugurada subsección de Lingüística de la especialidad de Filología Española de la Universidad Complutense de Madrid, para hacer las encuestas. Gracias a ello, en septiembre de 1971, justo antes de comenzar el último curso de mis estudios universitarios, todo aquel mundo imaginado durante años pudo hacerse realidad, y aquellos nombres de persona que le oía de forma continua cobraron figura (salvo Gregorio Salvador, que ya la tenía desde

hacía por lo menos tres lustros), a la par que los nombres de lugar se hacían realidad, que fue imperecedera. Llegamos a aquel viejo aeropuerto de Los Rodeos, y tras un pequeño paseo por la calle Castillo arriba y abajo, fuimos a cenar a la avenida de Anaga, para tomar inmediatamente el ferry a La Gomera (aún faltaban casi 30 años para que tuviese aeropuerto), donde necesitaba realizar todavía unas encuestas para el *ALEICan*, lo que aprovechó para enseñarnos a mi hermano Carlos y a mí la técnica de las encuestas dialectales, y a transcribir directamente lo que oíamos (la teoría ya nos la sabíamos gracias a las enseñanzas recibidas en las clases de Fonética y de Dialectología durante la carrera, pero la práctica se nos mostró bien distinta). Aquella inmersión en la lengua viva tuvo lugar en Vallahermoso. Al día siguiente estuvimos en Playa de Santiago, donde realizamos tres encuestas diferentes, a un campesino, a un pescador y a una mujer. Con los materiales allegados

mi hermano pudo redactar su tesina, que constituyó su primer libro¹⁰.

Aquellos primeros días gomeros me abrieron a los ojos un nuevo mundo nunca antes imaginado, comencé a conocer esta tierra y a sus gentes, sus trabajos y sus afanes, convertidos todos ellos en Hércules verdaderos para vencer cada día las dificultades y contratiempos con sus solas manos, y sin un mal gesto. Así ganaron mi corazón.

Ya hace quince años, y lo recuerdo como si no hubiera pasado el tiempo, fui con mi mujer nuevamente a La Gomera. Se nos ocurrió telefonar a un buen amigo, Alberto Darias, por si estaba en su casa e ir a verlo. Da la casualidad de que regresaba a Tenerife por la tarde, en nuestro mismo ferry. Se ofreció a llevarnos en un recorrido por la isla, que había sufrido un pavoroso

¹⁰ *Encuestas en Playa de Santiago (isla de La Gomera)*, Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, Madrid, 1976.

incendio, y cuando regresábamos a San Sebastián vimos a un mago, mayor, con un enorme fardo auestas que casi no lo dejaba caminar. Era la viva imagen del esfuerzo y el sufrimiento. Le preguntamos que a dónde iba, y nos contestó que a San Sebastián. Le dijimos que estaba lejos. Sí, unas tres o cuatro horas. Le ofrecimos llevarlo y no quería, estaba acostumbrado a hacerlo, pero finalmente accedió. Después entablamos conversación con él, y ni una mala palabra, ni un mal gesto por la vida que llevaba. Luego, resultó que Alberto conocía el lugar que le proporcionaba aquellos medios para vivir con los que cargaba, y sabía quién era su familia.

De La Gomera fuimos a Lanzarote, previo paso por Las Palmas, donde quedó establecido el centro de operaciones para el desarrollo de los trabajos venideros. En Lanzarote, la acogida por parte de las autoridades, de las personas que nos prestaban ayuda en nuestros menesteres, y

de los informantes por su paciencia y sus conocimientos, me siguió sorprendiendo por la generosidad y la bondad. Tan solo en una ocasión, un cabrero recibió a aquellos jóvenes con algo de reticencia, y la encuesta tuvo que comenzar a desarrollarse en el corral de las cabras, con los papeles sobre las rodillas (más tarde aprendí la palabra *goro* para el del cochino). Cuando comprobó que nuestro trabajo era serio y estábamos empeñados en sacarlo adelante, nos hizo pasar al interior de la casa y pudimos realizar la encuesta y recoger los topónimos sin mayores inconvenientes.

Así iba, íbamos aprendiendo la técnica de la encuesta dialectal, pero también a ver el mundo que nos rodeaba, no con la mirada sorprendida que se había conformado en tierras peninsulares —incluso en el mundo rural— sino con los ojos de quienes tenían que vivir en estas tierras. Fueron nuestros mejores maestros.

Dos años más tarde, una nueva campa-

ña nos llevó a Fuerteventura, a El Hierro y a La Palma. Quedaron para más adelante La Gomera —no habíamos hecho encuestas toponímicas en la ocasión en que estuvimos—, Tenerife y Gran Canaria, pero nunca se nos presentó una situación propicia para terminar el trabajo ya tan avanzado, y me sigue pesando no haberlo hecho, pero la vida me ha llevado por otros caminos, aunque siempre fiel a las Islas.

La calidad de cuantas personas traté en aquellos primeros viajes ha calado hondo. Su arraigo se hizo más firme cuando tuve que realizar las encuestas, en varias campañas, para el *Atlas Lingüístico de España y Portugal*¹¹ (ALEP), que me proporcionaron escenas de todo tipo, aunque los recuerdos se me van velando por el paso de los años.

11 Véase el *Cuestionario del Atlas Lingüístico de España y Portugal*, Departamento de Geografía Lingüística, CSIC, Madrid, 1974. Se han publicado parte de los resultados en Manuel Alvar, *Atlas Lingüístico de Castilla y León*, 3 t. Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, Salamanca, 1999.

Comenzamos las encuestas en el verano de 1975, y me tocó ir, en primer lugar, a Yudego (Burgos), donde la encuesta la hacía en la casa del informante, pues así me la ofreció, y trabajábamos sobre la mesa de la cocina, mientras la mujer realizaba las faenas de la casa. Llegada la hora de comer, pregunté por un lugar al que ir en el pueblo, o cerca. Me dijo que nada, en su casa. Quité los papeles y la mujer puso dos platos, y empezamos la comida; me extrañó que ni ella ni la hija que andaba por allí no vinieran, y me contestó que ellas comerían cuando termináramos nosotros. No hubo manera de que fuese de otra forma, y esperaron sentadas en el suelo, cerca de la chimenea, levantándose tan solo para servir la comida. Yo no sabía qué decir ni qué hablar, e inmediatamente retomé el hilo de la encuesta. Nunca había visto un trato así, y me sentía avergonzado. Después de tantos años no he podido borrar de mi memoria la escena ni la casa.

En otra ocasión, también en la provincia

de Burgos fui a un pueblo cuyo nombre no logro recordar. No vi a nadie al llegar, y todas las puertas y ventanas estaban cerradas. Pensé, como me sucedió en alguna otra ocasión, que en el pueblo ya no vivía nadie: hacíamos la distribución de los puntos que debíamos encuestar sobre atlas detallados, pero viejos, sin saber si los pueblos estaban habitados. De repente oí el cacareo de una gallina, y después me crucé con un perro. No podía ser que no hubiera nadie. En un momento me giré y vi cómo se cerraba un postigo, y así alguno más. Por fin logré hablar con una mujer, le conté lo que iba a hacer y me dirigió hacia un hombre, y al final pude hacer la encuesta. Pero fueron momentos raros que me hicieron recordar el comienzo del destierro de Mio Cid, aunque sin ser nada heroico ni pensar en un regreso glorioso.

También en la provincia de Burgos pasé uno de mis peores ratos antes de comenzar mi encuesta. Fui, como hacíamos siempre

que lo había, al Ayuntamiento a pedir colaboración al Secretario para buscar un informante. Puesto en antecedentes de mi pretensión, el alcalde me llamó a su presencia para saber quién era y qué quería. Me pidió papeles que lo demostraran, y, menos mal, que cada uno de los colaboradores llevaba uno solicitando que se nos prestara la ayuda que fuese posible, con membrete del CSIC y sello del Departamento de Geografía Lingüística. Me preguntó quién era el director de ese departamento. Dije que Manuel Alvar. Me contestó que eso no era verdad. Empecé a temblar, pues era el verano de 1975, y ya había tenido algunos desagradables encuentros con la Guardia Civil —mi segundo apellido es Ezquerro—, en uno de los cuales abandoné el pueblo, por precaución, y la encuesta quedó inconclusa, pues comiendo en la única mesa del bar, se sentó a ella también el cabo, me preguntó qué hacía y se me ocurrió decirle que un diccionario, me

contestó que ya teníamos uno, miró los papeles y como no conseguía descifrar aquel galimatías en clave, me llevó al cuartelillo, y allí comprobó todo, hasta el número del bastidor del coche: en otra ocasión, al dejar el pueblo, mientras uno examinaba detenidamente la documentación, el otro, apoyado en un árbol, me apuntaba con un máuser. Pero sigamos con el interrogatorio del alcalde quien, ante mi estupor, sentenció tajantemente que no, que el director del departamento era Antonio Quilis. No podía entender que aquel hombre supiera quién era Quilis. No me creía. Entonces soltó que su sobrina trabajaba allí, y nunca le había mencionado a Alvar, ni nada parecido. Fueron unos momentos angustiosos, pues no era ninguna de las pocas chicas que trabajaban en Geografía Lingüística, ni las conocía. Las del laboratorio de Fonética de Quilis, tampoco. Yo ya me veía de camino al calabozo, cuando, de repente, se me vino a la memoria M.^a Luz Gutiérrez Araus. Había

acertado, pero no me daba crédito, tras haberle dicho tantos nombres; se me ocurrió hablar de su marido, del lugar de origen de este, y de otros detalles. Por suerte, me dejó marchar. Cuando llevaba hecha una parte del cuestionario apareció el alguacil: «El Sr. Alcalde, que vaya Vd. a comer a su casa». Debía haber llamado a la sobrina y esta le contó quién era. Comí un excelente cordero asado, y es conversación recurrente con M.^a Luz, por el mal rato que me hizo pasar. En aquella ocasión el día había comenzado mal, y después se arregló. En el fondo, pensé, esta gente no es tan mala.

En Salduero (Soria), por el contrario, todo fue excelente, el trato, el informante. Al terminar la encuesta me fui a despedir del alcalde, y me regaló una caja de las setas que crecían en los pinares comunales, y unos huevos frescos. Salí al encuentro de mi hermano Carlos que estaba haciendo su encuesta por allí cerca, sacamos de nuestra impedimenta el hornillo portátil de gas y la

sartén que nos permitieron comer caliente más de un día. Fue una succulenta cena campestre, caliente, a orillas del Duero.

Sin querer manosear los tópicos, he ido viviendo a lo largo de años la contraposición del carácter amable y generoso de los canarios con el seco y adusto de los castellanos, por más que en un lado y en otro pueda haber muestras de todo. Había leído en múltiples ocasiones, y sigo acudiendo a él cada vez que me siento necesitado, el *Tesoro de la lengua castellana o española* de Sebastián de Covarrubias, en cuya autoridad me he refugiado en más de una ocasión. Una de sus definiciones que tenía anotada desde hace tiempo era la que puso, de un modo genérico, en el artículo *isla*: que «[...] *Isleno* [*sic*], el nacido en alguna isla; los ingenios de los tales suelen ser agudos y varios. No ay que particularizar mas». No voy a contradecir al maestro, pues el ingenio de los canarios es, ciertamente, admirable, por multitud de razones.

En mis andanzas por los diccionarios he

podido saber qué es una isla y cuál el origen de la palabra. En el *Prontuario marítimo*¹² de Juan Abelló de Valdés, tema de tesis doctoral de una discípula mía, entre sus abundantes informaciones, se puede leer:

Isla. Es un pedazo de tierra cercado y rodeado de agua de mar, si bien algunas nadaron de unas partes a otras, como se vio en el mar Egeo, según Séneca y Plinio. Y aunque son propias las que están en el agua salada, también lo son las que se hallan en los ríos y lagunas. Mas, discurrendo en las de mar y su etimología, según s[an] Isidoro y otros, se dice *ínsula* porque está *in salo*, esto es, ‘en la mar’, que es salada, no deteniéndose en que también se llaman *islas de casas* las que están libres de todas partes de que otras se les peguen [...] ¹³

12 La copia más antigua es la de la Real Biblioteca del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, P-J-11, de alrededor de 1675.

13 María José Blanco Rodríguez, *Edición crítica de un diccionario marítimo del siglo XVII: el Prontuario marítimo de Juan Abelló de Valdés*, 2 vols., tesis doctoral leída en la Universidad de Alicante, 1996, t. II, pág. 480.

Después nombra las más grandes, y otras, entre ellas las *Fortunadas*, que deja «a la curiosidad de los lectores, que, con los modernos mapas y particulares descripciones, podrán con facilidad saberlas y mirarlas [...]».

Cuantas veces he venido a Canarias me he encontrado en mi casa, las tengo como mías. Entiendo perfectamente que mi padre se refiriera a ellas como *Mis Islas*, sentimiento que comparto. Pero no puedo olvidar que Castilla —las dos Castillas y Aragón— es mi ser, mi historia, y le tengo un fuerte apego, tal vez por haberla recorrido, igualmente, palmo a palmo, monte tras monte, arroyo tras arroyo, persiguiendo palabras y modos de pronunciarlas.

Ir a hacer encuestas no solamente es registrar el modo de hablar de cada lugar, qué cosas hay y cómo se llaman, sino también a aprender, sobre la lengua y del mundo que nos rodea, el vivir cotidiano, conocer el corazón de la gente, saber en qué consiste su trabajo, qué logran sacar de la tierra

para vivir, como son las relaciones entre las personas y con las estructuras sociales. Es mucho lo que se puede aprender. Aquellos primeros trabajos dialectales en las Islas Canarias fueron configurando mi futuro y allí debió nacer mi interés por las palabras, cómo son, qué significan, para qué se pueden emplear, por qué no son las mismas en un lugar y otro, pero también pude aprender cómo son las personas, las relaciones que se establecen entre la lengua y el individuo, entre la lengua y la sociedad, e igualmente pude aprender cómo los hablantes van, vamos, moldeando la lengua, introduciendo en ella modificaciones para hacerla más adecuada a las necesidades. Poco a poco fui entrando de un modo real en todas esas interacciones que nos explican el uso de la lengua, fui viéndolas y aprendiéndolas de un modo natural, personal, y nada libresco.

Como escribieron los académicos de la lengua en el prólogo de su primer diccionario, el *Diccionario de autoridades*, «[...]

el tiempo advierte mucho, y la experiencia es antorcha que luce siempre, pero alumbra tarde [...]»¹⁴.

Hubo algo que tardé en aprender en las Islas. Cuando quiero recordar la cantidad de viajes que hemos realizado entre las Islas la memoria no me da para tanto, pues no pocas veces aproveché la posibilidad que permitía volar desde la Península a una isla y regresar desde otra, sin incrementar el precio del billete con el coste del salto de una a la otra. Así, pese a mi miedo al avión, cien veces confesado, pude ir conociendo con mayor intensidad estas tierras y a sus gentes, a la vez que cultivaba y aumentaba las amistades aquí, disfrutando de su inagotable generosidad. Y así fue como cada vez que venía me sentía uno más, aunque todavía me queda mucho por aprender, sobre todo a mirar el cielo, quizás por mi condición de urbanícola. Por octubre del año 2000, si

14 *Diccionario de la lengua castellana* [...], t. I, Madrid, 1726, pág. xv.

no me equivoco —tanto tiempo ha pasado ya—, tuve que venir a Gran Canaria, con mi mujer, y, como tenemos por costumbre, decidimos regresar a la Península desde Tenerife, pero en esta ocasión decidimos hacer el traslado por mar, almorzando en Agaete. Cuando embarcamos nos llevamos la enorme alegría de ver que el catamarán iba casi vacío y pudimos sentarnos en la primera fila para disfrutar del viaje y del paisaje. Nadie nos había advertido de la marejada que había entre las dos islas, ni habíamos sabido interpretar las nubes, el color del agua ni la ausencia de compañeros de viaje, que, bien informados, no se aventuraron en la travesía. Al dejar el muelle empezó el tormento, mayor cuanto más nos alejábamos de la costa, y Tenerife ya se veía arriba, ya abajo. Un miembro de la tripulación nos aconsejó sentarnos en el centro del barco, donde se movía menos, lo hicimos, pero ya era tarde. Algo habíamos aprendido, que no se nos olvidará nunca.

Hace pocos meses, leía una reciente edición de los textos náuticos de Eugenio de Salazar¹⁵, entre los que se encuentra una «Carta escrita al licenciado Miranda de Ron, particular amigo del autor, en que se pinta un navío y la vida y ejercicios de los oficiales marineros de él, y cómo lo pasen los que hacen viajes a la mar»¹⁶. Es un ameno texto, cuya lectura recomiendo. El autor era gobernador de las islas de Tenerife y La Palma desde 1567, y a finales de 1573 fue nombrado oidor de la Audiencia de Santo Domingo, después, en 1577, fiscal de la Audiencia de Guatemala; más tarde se trasladó a México, donde se doctoró y en 1586 fue nombrado rector de la Universidad, en sustitución de Diego García de Palacio, el autor del primer tratado de

15 Eugenio de Salazar, *Textos náuticos: Navegación del alma por el discurso de todas las edades del hombre* (1600). *Carta al licenciado Miranda de Ron* (1574), Instituto de Estudios Auriseculares, Nueva York, 2018.

16 Págs. 261-298.

navegación publicado¹⁷ en el que se contiene, el primer vocabulario náutico editado¹⁸, del cual parten todos los que vinieron después durante muchos años, salvo el de nuestro Tomé Cano original. Pues bien, Salazar, al llegar a La Española, escribe esa carta a su amigo, cuyas palabras describiendo la salida me trajeron al recuerdo aquel viaje nuestro interinsular. Dice así:

Hallándome mi provisión en la isla de Tenerife, traté de fletar navío para esta isla Española y fleté no por poco dinero uno llamado *Nuestra Señora de los Remedios*, de harto mejor nombre que obras, cuyo maestre me afirmó ser el navío capaz, velero y marinero, estanco de quilla y costado, bien enjarcado y marinado. Y llegado el día que nos hubimos de hacer a la vela, y la hora de nuestra embarcación, que fue antes de mediodía,

17 *Instrucción náutica para el buen uso y regimiento de las naos, su traza y y [sic] gobierno conforme a la altura de México*, Pedro Ocharte, México, 1587.

18 El «Vocabulario de los nombres que vía la gente de la mar, en todo la que pertenece a su arte, por el orden alfabético».

lunes diecinueve de julio, doña Catalina y yo con nuestra familia nos llegamos a la orilla de la laguna Estigia, donde arribó Carón con su barquilla y nos llevó a bordo del navío que nos había de rescebir y nos dejó en él. Y allí por gran regalo nos metieron en una camarilla que tenía tres palmos de alto y cinco de cuadro, donde, en entrando, la fuerza del mar hizo tanta violencia en nuestros estómagos y cabezas que padres y hijos, viejos y mozos, quedamos de color de defuntos y comenzamos a dar el alma (que eso es el almadiar) y a decir «¡Baac, baac!» y tras esto «¡Bor, bor, bor, bor!», y juntamente lanzar por la boca todo lo que por ella había entrado aquel día y el precedente, y, a las vueltas, unos, fría y pegajosa flema, otros, ardiente y amarga cólera, y algunos, terrestre y pesada melancolía.

De esta manera pasamos sin ver sol ni luna, ni abrimos los ojos, ni nos desnudamos de como entramos, ni mudamos lugar, hasta el tercero día, que, estando yo en aquella oscuridad y temor, oí una voz que dijo:

Bendita sea la luz
y la santa Vera Cruz
y el Señor de la verdad

y la Santa Trinidad:
 bendita sea el alba
 y el Señor que nos la manda;
 bendito sea el día
 y el Señor que nos la envía.

Y luego esta voz dijo las oraciones *Pater noster* y *Ave María* y tras esto dijo: «¡Amén! ¡Dios nos dé buenos días! ¡Buen viaje, buen pasaje haga la nao, señor capitán y maestro, y buena compañía, amén! ¡Así faza, buen viaje faza! ¡Muy buenos días dé Dios a vuestras mercedes, señores, de popa a proa!». Que, como yo oí esto, consolado con tales palabras, dije a mi mujer. «Señora, aunque sospecho que estamos en casa del diablo, he oído palabras de Dios. Quiérome levantar y salir a ver qué es esto y ver si nos vamos o si nos llevan [...]»¹⁹.

Si he traído a colación esta cita, que muestra a las claras cuál es el tono de la carta, es porque se trata de un testimonio de primera mano de las penalidades que pasaron quienes, por miles, decidieron atravesar el Atlántico, con la necesaria

¹⁹ Págs. 262-264.

escala en las Islas para acopiar agua y víveres. Y no es difícil imaginar cómo sería la travesía de quienes carecían del rango y medios de todo tipo, como nuestro Eugenio de Salazar. Nada comparable con cruzar de una isla a otra en nuestros días. Sí, el Descubrimiento, la Conquista de América, la primera circunnavegación —cuyo quinto centenario conmemoramos este año—, fueron hazañas sin parangón de las cuales debemos sentirnos bien orgullosos. Y las Canarias tuvieron en todas ellas un papel determinante. Nuestros marineros, soldados y demás participantes en esos hechos y procesos han de merecer toda nuestra admiración. Recordaré un solo caso, que nos toca bien de cerca, Tomé Cano, de Garachico, como es bien sabido. En 1611, cuando publicó su *Arte para fabricar, fortificar, y aparejar naos de guerra, y merchante*²⁰ con unos

20 *Arte para fabricar, fortificar, y aparejar naos de guerra, y merchante; con las reglas de archearlas, reduzido a toda cuenta y medida, y en grande vtilidad de la navegación*, Luis Estupiñán, Sevilla, 1611.

66 años de edad y 53 de navegante y 40 de piloto, confiesa que había realizado 29 viajes a Indias, y todavía hizo otro un año más tarde, y embarcó que sepamos en otra navegación en 1616, con más de 70 años de edad, en la que también iba su hijo Tomé Cano, cuya embarcación desapareció en el Caribe. Toda una vida dedicada al tráfico entre España y América, además de los frecuentes viajes comerciales al norte de España y a los Países Bajos²¹. Si cada travesía a América duraba unos dos meses de ida y otros tantos de vuelta, más los que estuviera por aquellas tierras, resulta que cada viaje tenía una duración superior al medio año. No puedo ni imaginarme la cantidad de contratiempos que tuvo en su

21 Para estas cuestiones, y otras, me remito al importante prólogo que puso Marco Dorta a la edición modernizada que publicó el Instituto de Estudios Canarios, La Laguna, 1964, así como a los documentos de que dio noticia Alejandro Cioranescu en sus «Contribuciones a la biografía de Tomé Cano», *Revista de Historia* (La Laguna), XX, 1954, págs. 94-101.

esforzada dedicación al Nuevo Mundo, uno de los cuales, la pérdida de su hijo Tomé, debió causarle una gran amargura. Aquellos hechos necesitaron la entrega de muchas vidas de valientes que no solo miraban por mejorar su situación personal, sino también por el mayor bien común.

Entre aquellos barcos frágiles, el desconocimiento de los cambios de tiempo, la soledad del mar y la falta de preparación para afrontar los inconvenientes, la partida de la isla de Tenerife que nos cuenta con tanto desenfado Eugenio de Salazar debía ser lo habitual.

Por más que uno quiera, no se puede conocer en su integridad aquello que a uno le gusta, aunque esté escrito y descrito. De ahí, el gusto por saber y el placer por averiguarlo. Quiero estar en esta Academia para seguir aumentando —lo que no me va a ser difícil— lo que he aprendido durante años, sobre las Canarias, sobre los canarios, sobre el canario. Hace bien pocos meses recibí las *Palabras*

nuestras que habéis escrito para celebrar el XX aniversario de la Academia Canaria de la Lengua: lo leí casi de corrido, pues me llegaban voces nuevas, algunas no tanto y ya casi sin uso, pero el tono íntimo que había en todas ellas, la evocación del propio ser, me llenó de gozo, pues no solo hablabais de las palabras, sino de vosotros, y hasta las palabras cobraron vida y hablaron de sí mismas. Algunas terminaron siendo canarias aunque su cuna no lo fuera, y ya poco importa su origen, pues son *palabras nuestras*.

He traído todo esto mezclando los recuerdos personales con los sentimientos y con lo que he aprendido a lo largo de años, unas cosas más técnicas que otras, unas útiles, otras no tanto, pero siempre enriquecedoras. Mis palabras son consecuencia del honor que me hacéis hoy, echando la vista atrás, pero, también, porque, mirando hacia delante, me vais a permitir, me estáis permitiendo, conocer un poco más de la lengua, mi lengua, que se

habla en las Islas, de agua salada, y dulce a la vez, y de cuanto nos rodea.

Y en el fondo de todo, mi familia, mis padres que me inculcaron el amor por las Islas, mi mujer y mis hijos a los que he contagiado con mis sentimientos, y también a mis hermanos.

Mis Islas, repito yo ahora, para terminar, pues forman parte de mí, y mi corazón palpita de una manera diferente cuando, ya en el avión, miro hacia atrás para ver cómo se van alejando en el mar, con el consuelo, siempre, de saber que volveremos.

